

El Sexenio Democrático en Pamplona (1868-1876)

Eduardo González Lorente

La defensa de esta tesis, dirigida por Ángel García-Sanz Marcotegui, tuvo lugar el 21 de diciembre de 2005 ante un tribunal formado por Javier Donézar Díez de Ulzurrun (Presidente), Luis Castells Arteché, José María Ortiz de Orruño Leparda, Juan Madariaga Orbea y Francisco Miranda Rubio (Secretario), que le otorgó la calificación de “Sobresaliente *Cum Laudè*” por unanimidad.

Como se sabe el periodo de 1868 a 1874, que ha estado casi siempre acompañado de una imagen de fracaso (ya sea político, social, económico o incluso cultural), constituye una etapa de apogeo del liberalismo español. Pese a ello, en lo que respecta a Navarra y su capital, el Sexenio es uno de los periodos más desconocidos de la época contemporánea ya que son pocos los historiadores que han abordado su estudio.

El objetivo básico de esta investigación es llenar este vacío historiográfico dando a conocer la evolución política de Pamplona entre 1868 y 1876. Asimismo, con el análisis de la dinámica política de los primeros años del Sexenio se pretende contribuir a la correcta comprensión la última guerra carlista. Precisamente esta es la razón por lo que se amplía la cronología del estudio hasta la finalización de la última carlistada en 1876.

Antes de abordar el estudio político el nuevo doctor trata de la estructura económica y social de la capital navarra de entonces así como sus niveles de alfabetización. Todo ello le permite constatar que a mediados del siglo XIX Pamplona experimentó una serie de cambios que se paralizaron a finales de los años sesenta, coincidiendo con la crisis económica de España. La mayoría de los pamploneses se ocupaban sobre todo en el sector servicios, como era propio de cualquier capital provincial. Respecto a las clases sociales, las bajas constituían alrededor del 60% de la población y en ellas destacaban numerosos trabajadores de condición jornalera (cualificados o no). Por su parte, las “clases medias” tenía bastante relevancia, pues más de un tercio de los pamploneses pertenecían a ella. Por último, la clases altas (un 9%) concentraban en la capital buena parte de los propietarios y comerciantes más acaudalados de Navarra.

En cuanto a la dinámica política, en primer lugar Eduardo González trata, en la medida que lo permiten las escasas fuentes disponibles, los rasgos de los principales partidos políticos, y sus órganos de prensa. Desde 1868 hasta 1874 aparecieron en Pamplona catorce periódicos políticos, a los que hay que añadir cinco más que lo hicieron hasta el final de la guerra. Llama la atención que, mientras los liberales-monárquicos fundaron ocho publicaciones y los republicanos cinco, los carlistas, a pesar de su hegemonía, según los datos recabados, sólo dispusieron de uno.

Un apartado importante de esta parte de la tesis es el análisis del perfil de la clase política rectora de Pamplona atendiendo a su origen geográfico, edad, profesión, status económico, y carrera política antes, durante y después del Sexenio. La conclusión a la que llega es que el ejercicio de edil dependía más de la edad o de la generación y del *status* social que de otros factores y no puede establecerse diferencias o particularismos relativos a la mayor o menor continuidad de la clase política isabelina y la del Sexenio respecto al resto de España.

De las diferentes convocatorias electorales se deduce que los carlistas eran hegemónicos, pero también que había una minoría liberal-republicana de cierta relevancia. En conjunto los liberales y republicanos conseguían en torno a un tercio de los votos, por lo que no puede decirse que eran fuerzas meramente residuales. Además, a pesar de la hegemonía carlista, desarrollaron una amplia actividad política que encontró eco en una porción importante de los pamploneses y, apurando, también de las pamplonesas.

Por otro lado, gracias al examen detallado de los resultados electorales por distritos y de la composición social de los distintos barrios, Eduardo González ha logrado detectar una distribución geográfica del voto que permite diferenciar en Pamplona un norte más carlista que las demás zonas de la ciudad y un sur, donde los liberales-republicanos tenían sus mejores resultados.

Un aspecto común a todas las fuerzas y sensibilidades políticas existentes era su proclamada defensa del “fuero”. En las sucesivas campañas electorales todos los partidos se declararon fueristas, con independencia, al igual que ocurría en las Vascongadas, de que cada uno entendía el régimen foral de Navarra a su manera.

En la segunda parte se describe la evolución de los acontecimientos políticos desde los prolegómenos de la Revolución de 1868 hasta el final de la guerra carlis-

ta. Se examina en primer lugar los antecedentes políticos e ideológicos que se vivieron en Pamplona antes del estallido revolucionario. Seguidamente, se analiza la actuación del nuevo Ayuntamiento designado en septiembre de 1868 por la Junta Suprema de Gobierno de Navarra, así como la progresiva oposición de los tradicionalistas, del obispo y del clero a los pocos meses del triunfo de la revolución. Consecuencia de todo ello fueron las conspiraciones carlistas de julio de 1869, de la que Pamplona fue protagonista y de agosto de 1870, conocida como la “escodada”, y la fuerte oposición carlista y republicana durante el reinado de Amadeo I.

La victoria carlista en las elecciones municipales de diciembre de 1871 despeja cualquier duda sobre la orientación política de los pamploneses. Con todo, la breve actuación del consistorio carlista elegido entonces (de febrero a abril de 1872) no fue suficiente para desarrollar todo su programa contrarrevolucionario debido al comienzo de la guerra.

Con el inicio de la I República, el Ayuntamiento federal designado en febrero de 1873, como los anteriores consistorios liberales, se preocupó de mantener el orden ante la agitación carlista, pero en su tarea de gobierno se diferenció de aquéllos en la cuestión religiosa, puesto que adoptó alguna medida de moderado carácter anticlerical.

A pesar del fracaso de la sublevación de abril y mayo, en Pamplona el peligro de guerra se hizo cada vez más evidente y aumentó la tensión política. La contienda bélica estuvo a las puertas de la ciudad, como lo prueba el incendio de la estación de ferrocarril en septiembre de 1873, y los momentos más dramáticos se vivieron mientras duró el bloqueo carlista, entre septiembre de 1874 y febrero de 1875, que cortó las comunicaciones de Pamplona con el resto de la provincia.

En este contexto se produjeron migraciones por causas políticas y económicas. No pocos pamploneses decidieron abandonar la ciudad, ya fuera para unirse al ejército carlista o para buscar mejores condiciones laborales o de vida en otras localidades navarras. A su vez, Pamplona al convertirse en baluarte liberal, albergó a tres centenares de familias huidas de los pueblos por la persecución carlista y el temor a las posibles represalias, lo que dificultó el aprovisionamiento de la población durante el referido asedio. Estos hombres y mujeres se comprometieron en la defensa de la ciudad como ya lo habían hecho en sus respectivos lugares de residencia.

En líneas generales, lo que caracterizó a Pamplona durante el Sexenio Democrático fue la inestabilidad política institucional provocada sobre todo por la fortaleza del carlismo, además de por la oscilante dinámica política nacional. La pujanza carlista y el vigor de los liberales-monárquicos y republicanos llevó en más de una ocasión a vivir momentos de auténtica “violencia política” en la calles de la ciudad y a la fractura de la convivencia social que se plasmó en la última guerra carlista.